

CIUDAD, INFORMACION Y PODER.

(Viejas y nuevas consideraciones sobre las funciones históricas de las ciudades).

Juan-Luis Pintos

Los aspectos más coyunturales de cualquier tema suelen predominar hoy sobre el tratamiento histórico y teórico del mismo. Esta onda de trivialización está llegando ya a consumir su ciclo, y por tanto podremos volver, sin temor a ser considerados "antiguos", a abordar las cuestiones que más nos afectan "como sociedad humana y humanidad socializada" dentro del marco histórico-teórico a partir del cual se pueden elaborar respuestas posibles e imaginarias a los problemas que insistentemente se nos plantean.

Uno de estos problemas objeto de amplias consideraciones a lo largo de toda la historia de Occidente -desde Platón y Aristóteles hasta Mumford y Castells- es el que surge a partir de la forma específica de habitar cotidianamente denominada "Ciudad". En cuanto objeto de nuestro conocimiento posee unas características tales que obligan a poner en juego todos los recursos epistemológicos y metodológicos de los que disponen las distintas teorías, ya que su realidad histórica es algo eminentemente complejo no susceptible de expeditivas simplificaciones. La investigación sobre la ciudad saca a la luz las diferentes conceptualizaciones acerca de la materialidad (aspecto físico de ocupación de un espacio), de la significación o simbolización (aspecto referencial de la realidad urbana), del orden social (aspecto relacional de la polis, institucionalizaciones, socialización, etc.), del cambio de la estructura social (aspecto de los sujetos individuales y colectivos, de los procesos y de los resultados de las transformaciones), y así de casi todo el bagaje explicativo del conjunto de las ciencias sociales.

Pero la ciudad es hoy también el ámbito de confrontación de las distintas fuerzas -antiguas o emergentes- que se disputan el mantenimiento de la dominación social tradicional (en nuestro caso, el modo capitalista de producción y reproducción social) la implantación de formas nuevas de dominación, o bien, la supresión permanente de las condiciones que la hacen posible históricamente. Como lugar de esa confrontación, se generarán en torno a ella toda una panoplia de proyectos y alternativas, en gran parte contradictorias, que contribuirán a modificar el desorden actualmente imperante sustituyéndolo por otra forma de caos urbano o por un "nuevo orden" ciudadano.

Además, podríamos considerar la ciudad bajo otros muchos aspectos: como lugar de producción de acontecimientos, como centro de constitución de significados socialmente válidos, como lugar de materialización de las

relaciones sociales, como respuesta a necesidades humanas ("máquina para habitar" de Le Corbusier), como lugar de las interacciones múltiples entre individuos, como "obra de arte" (el arte como "actividad constitutiva de la ciudad", según G.C. Argan), o, finalmente, como lugar en el que se representa la utopía moral y política (desde los filósofos griegos a los escritores de ciencia-ficción pasando por Icaria, Utopía o las "Reducciones" jesuíticas del Paraguay).

Si tratamos ahora de no dejarnos ahogar por tal floresta temática que se descubre al considerar someramente la literatura más significativa sobre los fenómenos urbanos tendremos que establecer una delimitación abarcable en los estrechos límites de este artículo y que recoja aquellos aspectos que nos parecen hoy más decisivos en el tratamiento teórico-práctico de la ciudad. El discurso que vamos a desarrollar tendrá tres etapas diferenciadas; en una primera, propondremos una relectura de uno de los clásicos que han abordado desde la perspectiva sociológica el objeto ciudad, me refiero no al últimamente citado en abundancia Max Weber -cuyas reflexiones sobre la ciudad han sido reeditadas recientemente en nuestro país (1)-, sino a otro mucho menos citado pero igualmente interesante discursador sobre los temas espaciales y urbanos: Georg Simmel. La segunda "parada de postas" la haremos en los territorios de otro gran desconocido: Lewis Mumford, aprovechando sus amplísimas, sistemáticas y concienzudas investigaciones sobre el desarrollo histórico de la ciudad, deteniéndonos en el tramo inicial de la constitución primera de las ciudades a partir de las comunidades aldeanas. Finalmente, nuestra última y breve etapa será para plantearnos la pregunta, ¿cómo es posible pensar hoy la ciudad?

1. CIUDAD, ESPACIO Y SOCIEDAD : GEORG SIMMEL

La generación que vivió en Europa el final del pasado siglo y cuya vida se extinguió no mucho después del final de la "Gran Guerra", esa generación de la que nos separa un lapso temporal de cien años y a la que nos une un reto similar de una brusca complejificación de las relaciones sociales determinantes de las experiencias individuales, es una generación que se vio obligada a repensar desde sus bases más simples el problema más permanente: ¿cómo es posible el orden social?

No es de extrañar que las siguientes generaciones de científicos sociales volvieran una y otra vez sobre aquellos pioneros que trataron, de manera pluriforme, de dar una respuesta coherente a tal pregunta y basar sobre ella todo un edificio explicativo de las relaciones sociales y de los individuos entre sí y con la naturaleza. En el último decenio ha reverdecido esa necesidad de cierta "vuelta a los padres fundadores" y, de uno u otro modo, se han llevado a cabo determinadas relecturas que tratan de responder a los retos presentes no haciendo tabla rasa de la historia, ni ignorando los posibles tratamientos de la cuestión, como si tuviéramos que inventarnos de nuevo todos los elementos que forman parte del problema. Sin embargo, entre

estas relecturas más o menos "canónicas" --Marx, Durkheim, Weber, Pareto, etc.--, no suele figurar la obra de Georg Simmel (1858-1918).

Probablemente sea España el país europeo en el que el pensamiento de Simmel haya tenido una mayor influencia a partir de las diversas traducciones de sus obras en Revista de Occidente desde los años veinte por voluntad expresa de Ortega y Gasset. Dejando para ulteriores investigaciones una caracterización precisa de su figura, nos vamos a ocupar exclusivamente de dos ensayos; uno que lleva como título en la versión castellana "Las grandes urbes y la vida del espíritu" (2), publicado originariamente en 1903, y otro que bajo el título de "El espacio y la sociedad" (3), constituye el capítulo 9 de sus Estudios sobre las formas de socialización, publicado en 1908

"Los más profundos problemas de la vida moderna manan de la pretensión del individuo de conservar la autonomía y peculiaridad de su existencia frente a la prepotencia de la sociedad, de lo históricamente heredado, de la cultura externa y de la técnica de la vida" (IL, 247). Con estas palabras se abre el primer ensayo de Simmel, planteando con toda claridad cuál es su posición y definición del problema: esa curiosa forma de vida denominada individuo humano intenta no desaparecer sumergido en las impetuosas corrientes de la biología, la historia o la cultura. Esa lucha de los individuos se realiza en diversos espacios de los que nuestro autor va a caracterizar como grandes y pequeñas ciudades, siendo las primeras el lugar de los desarrollos intelectuales y las segundas el del sentimiento.

Pero esta distinción ya tópica desde los tiempos clásicos se enriquece aquí con unas interesantes descripciones de la constitución del ámbito de la objetividad y cuantificación en las grandes ciudades en cuanto sedes de la economía monetaria. "El dinero sólo pregunta por aquello que les es común a todos, por el valor de cambio que nivela toda cualidad y toda peculiaridad sobre la base de la pregunta por el mero cuanto.(...) La moderna gran ciudad se nutre casi por completo de la producción para el mercado, esto es, para consumidores completamente desconocidos, que nunca entran en la esfera de acción del auténtico productor.(...) Las relaciones y asuntos del urbanita típico acostumbran a ser tan variados y complicados, esto es, por la aglomeración de tantos hombres con intereses tan diferenciados se encadenan entre sí sus relaciones y acciones en un organismo tan polinómico, que sin la más exacta puntualidad en el cumplimiento de las obligaciones y prestaciones, el todo se derrumbaría en un caos inextricable" (IL, 249-250)

El resultado de todo ello es un creciente proceso de indiferenciación de las cosas, no tanto en el sentido de que no sean percibidas, cuanto en el modo de significación y el valor de las diferencias entre las cosas, siendo sentidas éstas como nulas al reflejarse en el sujeto el proceso cosificante indiferenciador del mercado. Pero la ciudad no es sólo el escenario del desdibujamiento de los contornos y de la homogeneización de las formas y los colores, es también, como señala Simmel, la que "confiere al individuo una especie y una medida de libertad personal para las que en otras relaciones no

hay absolutamente ninguna analogía". Por ello, la ciudad concentra en sí las dos direcciones en las que se encamina la evolución social: "En la medida en que el grupo crece (numérica, espacialmente, en significación y contenidos vitales), precisamente en esa medida, se relaja su unidad interna inmediata (...); y al mismo tiempo, el individuo gana una libertad de movimiento muy por encima de la primera y celosa limitación, y una peculiaridad y especificidad para la que la división del trabajo ofrece ocasión e invitación en los grupos que se han tornado más grandes" (IL, 256). Es así como se puede pensar de nuevo un orden social que no lleve consigo la destrucción de los individuos y de su irrenunciable libertad.

Pero las ciudades modernas son las sedes de la más elevada división del trabajo, y esto lleva consigo que el individuo particular deba desarrollarse de modo cada vez más unilateral. La ciudad moderna alcanza un valor completamente nuevo precisamente por ser el lugar donde se desenvuelven las dos formas de individualismo alimentadas por las relaciones cuantitativas: la independencia personal y la formación de la singularidad personal. En una síntesis, que podemos encontrar en diversos lugares de sus escritos, de lo que suponen el siglo XVIII y XIX en la configuración de los modos de producirse la individualidad, atribuye al primero "la creencia en la plena libertad de movimiento del individuo en todas las relaciones sociales y espirituales, que aparecería sin pérdida de tiempo en todo corazón humano noble tal y como la naturaleza la ha colocado en cada uno, y a la que la sociedad y la historia sólo habían deformado", mientras que en el siglo que acababa de terminar, "los individuos liberados de las ataduras históricas se querían también diferenciar los unos de los otros. El portador del valor "hombre" no es ya el "hombre general" en cada individuo particular, sino que precisamente unicidad e intransformabilidad son ahora los portadores de su valor".

Y concluye así su síntesis: "En la lucha y en los cambiantes entrelazamientos de estos dos modos de determinar para el sujeto su papel en el interior de la totalidad, transcurre tanto la historia externa como la interna de nuestro tiempo. Es **función de las grandes ciudades** proveer el lugar para la lucha y el intento de unificación de ambos, en tanto que sus peculiares condiciones se nos han manifestado como ocasiones y estímulos para el desarrollo de ambos" (IL, 261).

Si tradujéramos este pensamiento a términos sartrianos, tendríamos que afirmar que la ciudad es el lugar histórico del universal concreto. Esto viene a significar que no es posible pensar el proceso de constitución del sujeto --e igualmente, la secuencia de su destrucción en cuanto tal sujeto--, sin referirnos a las condiciones histórico-materiales en las que ese proceso se produce. La ciudad obliga al pensamiento trascendental a encarnarse y revestir las formas de la concreción histórica, y viceversa, las diferentes formas de concebir a los sujetos individuales y determinar las relaciones entre ellos han generado variantes concretas de las configuraciones ciudadanas. Y extendiendo un poco más esta concepción podríamos afirmar tentativamente

que la historia no puede ser ni filosofía ni teología de la historia, pero tampoco series temporales de sucesos organizados cronológicamente o anécdotas inconexas de las vidas efímeras de los "grandes hombres", sino configuraciones complejas de relaciones multivariables entre los hombres y entre éstos y las cosas cuya objetivación principal ha tenido lugar en esos espacios denominados ciudades.

Porque la esencia de la ciudad es precisamente ser un **espacio**. Pero hay maneras muy diferentes de concebir el espacio y la orientación kantiana de Simmel le lleva a una consideración formalista del mismo: "El espacio es una forma que en sí mismo no produce efecto alguno. Sin duda en sus modificaciones se expresan las energías reales; pero no de otro modo que el lenguaje expresa los procesos del pensamiento, los cuales se desarrollan en las palabras pero no por las palabras" (SOC,644). Pero Simmel trata de pasar de una consideración filosófica a otra sociológica en la que la forma es inseparable de la materia: "La socialización es la forma, de diversas maneras realizada, en la que los individuos, sobre la base de los intereses sensuales o ideales, momentáneos o duraderos, conscientes o inconscientes, que impulsan causalmente o inducen teleológicamente, **constituyen una unidad dentro de la cual se realizan aquellos intereses**. En todo fenómeno social, el contenido y la forma sociales constituyen una realidad unitaria. La forma social no puede alcanzar una existencia si se la desliga de todo contenido; del mismo modo que la forma espacial no puede subsistir sin una materia de la que sea forma. Tales son justamente los elementos (inseparables en la realidad) de todo ser y acontecer sociales: un interés, un fin, un motivo y **una forma o manera de acción recíproca entre los individuos, por la cual o en cuya figura alcanza aquel contenido realidad social**" (SOC, 16-17). Siguiendo esta orientación teórica nos va a presentar Simmel, primero, ciertas cualidades fundamentales del espacio como son la "Exclusividad", el ser "divisible/limitado", el establecer una "fijación", el plantear relaciones de "proximidad/distancia" y, finalmente, la dinámica espacial que constituyen las "migraciones"; en segundo lugar se completa su discurso sobre el espacio con "la influencia que las determinaciones espaciales de un grupo deben a su forma y energía sociológicas propiamente dichas" (SOC, 722).

Las características espaciales que señala Simmel son el testimonio evidente del cambio producido en los últimos cien años en las relaciones sociales de los países occidentales. En un mundo de relaciones planetarizadas, donde los Estados territoriales tienen cada vez más dificultades para mantener el monopolio de la coacción legítima y donde los individuos particulares cambian varias veces a lo largo de su vida no sólo de casa y de lugar de residencia, sino también de trabajo, de familia, de ideas y de situación social y se encuentran agobiados por la contradictoria pluralidad de roles que su entorno concreto le obliga a asumir, en un mundo en el que los límites de las fronteras físicas geográficas son constantemente desbordados por los sistemas de comunicación, espionaje, defensa y agresión denominados, eso sí, "espaciales", las reflexiones de Simmel plantean,

cuando menos, un punto de referencia para medir no sólo el tiempo transcurrido, sino también una gran parte de la complejidad social perdida y difícilmente recuperable.

Pongamos algunos ejemplos en los que se pueda percibir este proceso de la creciente ambigüedad y ambivalencia de los referentes espaciales en nuestra sociedad. El caso de **los límites** : Simmel nos lo presenta sobre la base de la reciprocidad. "El límite sociológico lleva consigo una acción recíproca muy singular. Cada uno de los dos elementos actúa sobre el otro, en cuanto le pone el límite; pero el contenido de esta actuación consiste en no querer o no poder actuar más allá de este límite y, por consiguiente, sobre el otro. (...) El límite no es un hecho espacial con efectos sociológicos, sino un hecho sociológico con una forma espacial. (...) Los que se limitan mutuamente no son los países, no son las tierras, no es el radio de la ciudad y el del campo; son los habitantes o propietarios, que ejercen la acción mutua que acabo de indicar" (SOC, 652). Nuestra historia reciente confirma esta apreciación de Simmel; ¿qué importancia puede tener el hecho "espacial" del "Muro de Berlín" cuando "Radio Liberty" puede emitir su propaganda más allá de cualquier frontera? Las nuevas tecnologías han cuestionado prácticamente todo tipo de límites físicos y la nueva mercancía de la información no es controlable a través de portazgos o peajes, sino únicamente a través de otros instrumentos técnicos más perfeccionados cuyo techo de posibilidades todavía no se adivina. El nuevo "espacio" con pocos decenios de vida pone en cuestión la espacialidad tradicional dejando su limitabilidad sólo al arbitrio de los sujetos.

Tomemos el caso de otra característica enunciada por Simmel: "La fijación en el espacio de un objeto de interés produce determinadas formas de relación que se agrupan en torno a dicho objeto". "La fijeza ideal de un punto de rotación, mantiene un sistema de elementos a una distancia determinada, en una acción recíproca y dependencia mutua constantes. (...) Las ciudades actúan siempre como centros del tráfico para sus alrededores próximos y lejanos; es decir, en cada una de ellas surgen incontables puntos de rotación, permanentes y variables" (SOC, 661 y 663). Los ejemplos históricos que aporta nuestro autor son suficientemente significativos como para que aludamos aquí a uno de ellos que nos permitirá comprobar las transformaciones sociológicas que venimos exponiendo. Es el caso de la Iglesia católica y la ciudad de Roma; de lo que se trata es precisamente de combinar en un mismo símbolo la individualidad del elemento espacial y su relación con un círculo amplio y variado. Roma es, al mismo tiempo, un sistema de infinitas coordenadas ("Por todas partes se va a Roma") donde confluyen la historia y la geografía, e igualmente, Roma no es ningún punto, está en todos los puntos donde se erige una Iglesia católica. Sus mayores enemigos no se atrevieron a denominarse "anti-romanos", sino que luchaban "contra los papistas", y lo poderes amigos no tuvieron ningún inconveniente en saquear Roma militarmente sin pensar que por ello dejaran de ser "católicos". Pues bien, hoy día la misma Iglesia católica ha sucumbido a la

regla que establecía Simmel cuando afirmaba: "Las grandes organizaciones necesitan, por serlo, de un punto central en el espacio, pues no pueden vivir sin establecer relaciones de superioridad y subordinación" (SOC, 669). Después de poner en cuestión en el Concilio Vaticano II los fundamentos de la estructura jerárquica y acentuar los elementos de comunidad dispersa por el planeta, abierta y dialogante, no subsumible bajo ningún poder terreno, los grupos dominantes de la estructura centralizada de poder no han podido resistir sociológicamente el modelo plural de estructura abierta y susceptible de recibir formas muy distintas, sino que han querido recuperar la centralidad, la jerarquía, la dogmática monolítica y la moral única absoluta, utilizando para ello las nuevas técnicas del mercado de los productos ideológicos y asumiendo el obispo de Roma la imagen de líder político de empresa multinacional con un mensaje de plena coherencia doctrinal pero cada vez más alejado de las comunidades concretas de creyentes, dando la impresión de que están tratando de reorientar el mercado planetario, volviendo la religión a asumir su función ideológica de identificación individual por la alienación más plena de la conciencia y de consuelo transterritorial frente a los dolores, las contradicciones y las injusticias del mundo sublunar. Tendríamos así una muestra más del proceso de absorción de la espacialidad como elemento material de los procesos sociales por un sistema de flujos múltiples de muy difícil materialización con las consiguientes dificultades de atribución de sujetos de las acciones correspondientes.

Cuando de las características abstractas del espacio pasa Simmel a estudiar los fenómenos propiamente sociales en sus determinaciones espaciales hace una serie de sugerencias cuya importancia para nuestra situación presente es claramente perceptible. Comienza por el problema con el que iniciábamos este apartado de la constitución del orden social aludiendo al tránsito de las formas de organización del grupo basadas en los lazos de parentesco a otra "más mecánica, racional y política [que] se caracteriza con frecuencia por el hecho de que la división del grupo se verifica en virtud de principios espaciales" (SOC, 722). Tenemos así planteado un doble problema: por un lado la peligrosidad para el Estado de sistemas organizativos de tipo "tribal" (indiferentes, en principio, a las relaciones de espacio) --ya sea bajo forma de "familias de la cosa nostra", de empresas multinacionales o de sectas religiosas--, puesto que el Estado vincula su poder a un territorio. Por otro lado, la contraposición entre la vigencia "cuasi absoluta" de los vínculos de sangre y la relatividad de los elementos que constituyen la relación entre los ciudadanos de un Estado sobre los cuales se alza éste como algo único y absoluto.

Podríamos darle la vuelta a la consideración foucaultiana acerca del "cuerpo de los condenados" como receptáculo apropiado de las relaciones que establece el ejercicio del poder, y afirmar que la inespacialidad es siempre peligrosa para cualquier tipo de poder establecido. Esto hace notar Simmel cuando dice: "Consideramos la soberanía territorial como consecuencia y expresión de la soberanía sobre las personas. El Estado ejerce soberanía

sobre su territorio, porque la ejerce sobre todos los moradores del mismo". "En la manera como el espacio se concentra o distribuye, en el modo como se fijan o trasladan sus puntos, refléjase, bien visibles, las formas sociológicas propias de la soberanía" (SOC, 727 y 730). No nos podemos abstener de hacer una breve referencia a la realidad gallega, cuya investigación bajo esta perspectiva nos llevaría muy lejos. Posiblemente se pudiera formular la hipótesis de que las formas peculiares del hábitat disperso características de Galicia tendrían que ver con una inmaterial resitencia a la clasificación administrativa, a la recaudación impositiva y en general a las formas estatales de organización del espacio y de constitución de un ámbito que se pueda denominar con propiedad ámbito público (al que se tendría que oponer un ámbito privado de tipo "burgués" con el consiguiente establecimiento de los roles de "trabajador" mediante contrato y de "consumidor" de unos bienes y servicios que no son en principio los que responderían a sus demandas particulares), ámbito que de algún modo mermaría la unidad "casa/familia" como definitoria de los lugares y los individuos.

Con esta cuestión de la casa se relaciona la tercera consideración sociológica de Simmel: "Algunas unidades sociales se vierten en determinados productos del espacio. Un ejemplo diario de esto tenemos en el hecho de que la familia y el casino, el regimiento y la Universidad, el sindicato y la comunidad religiosa, tienen sus locales fijos, su "casa". Por distintos que sean sus contenidos, las asociaciones, que poseen una casa propia, tienen un rasgo común sociológico frente a aquellas otras que flotan en cierto modo en el aire, como las amistades o las sociedades de socorro, o las asociaciones para fines pasajeros o ilegales..." (SOC, 730). Pensemos sólo por un momento en la imagen mítica de principios de los ochenta de aquel extraterrestre creado por Steven Spielberg reclamando "Su Casa" y las oleadas de identificación colectiva que produjo sobre todo entre las muchedumbres urbanitas cuyas vivencias del fenómeno modernizador habían definido unos años antes algunos sociólogos como "Homeless Mind" (4). A finales de los ochenta hemos pasado de la nostalgia a la reconstrucción, del nomadismo de alto copete a la recuperación de la "gran mansión", del camping imprevisible a la programación y la confortabilidad. Y, por supuesto, todos estos movimientos encuentran su reflejo en las formas de urbanismo que se van imponiendo con la rehabilitación de las ciudades como lugares de encuentro y la urbanización residencial como asimilación de la naturaleza a la ciudad.

"Finalmente, el espacio vacío, como tal espacio vacío, adquiere una significación en la que se manifiestan determinadas relaciones sociológicas, de carácter tanto negativo como positivo. (...) La neutralidad del espacio inhabitado adquiere un sentido completamente distinto, cuando ella le capacita para servicios positivos.(...) De todas las potencias de la vida, el espacio es el más a propósito para representar intuitivamente la imparcialidad.(...) El espacio vacío pasa a ser considerado como depósito y expresión de la acción

reciproca sociológica" (SOC, 735 y 738-740). Toda organización social de dominación necesita --para poderse mantener en el tiempo-- no sólo de monopolizar la violencia, sino también de un lugar donde establecer la negociación entre dominadores y dominados en todos los niveles sociales, desde la dominación machista sobre la mujer y la paterno-materna sobre los hijos hasta la de los patronos sobre los obreros o las jerarquías sobre los fieles. Porque la imposibilidad de supresión de los conflictos en cualquier sistema histórico basado en la dominación exige diversas estrategias y entre ellas la más importante, bajo la forma de la democracia política, es precisamente la negociación de los intereses en un espacio "neutral". Muchas veces, la arrogancia del poder se expresa en el no reconocimiento de la necesidad de tales espacios y la intromisión en territorialidades ajenas cuya funcionalidad sistémica exige la colaboración del oponente circunstancial. Otras veces, la estrategia de "tierra quemada" introduce una respuesta radicalizada que la miopía de algunos grupos dominantes considera favorecer la legitimación de lo establecido; la ausencia de un espacio vacío, de una tierra de nadie, es siempre disfuncional al sistema.

Esta relectura de algunas de las reflexiones que Simmel elaboró a comienzos del presente siglo nos ha conducido a un replanteamiento de nuestras bases de partida. ¿Tendremos que reconsiderar el problema del orden social desde la perspectiva de los "clásicos" del pensamiento sociológico, o más bien nos cabe la posibilidad de establecer una perspectiva distinta? ¿Representa todavía hoy la ciudad el lugar de confrontación de las contradicciones sociales o más bien es un ámbito mucho más abstracto donde tratan de institucionalizarse, sin mucho éxito, las nuevas formas de la reproducción social? ¿Cómo establecer el tratamiento teórico de la ciudad desde bases históricas para no recaer en programas obsoletos o condenados a la repetición de errores evitables?

2.- LA CIUDAD EN LA HISTORIA: LEWIS MUMFORD

La historia no suele resolver los problemas teóricos con los que tenemos que habérnoslas, pues sus descubrimientos tienen grados muy variables de claridad interpretativa, pero sí suele ayudar a plantear las cuestiones teóricas más ajustadamente, con menos retórica ideológica y con una cierta componente de objetividad en cuanto que sus datos no son inmediatamente provocados por nuestro afán de búsqueda sino que nos topamos con ellos y se nos resisten.

A todo ello hay que añadir la enorme variedad de discursos que se conocen en nuestra cultura bajo el nombre de "Historia" y las decisivas reestructuraciones metodológicas y técnicas, para no hablar del amplio cuestionamiento epistemológico al que está sometida en los últimos decenios la ciencia histórica. Todo ello sólo nos puede conducir aquí a ser muy cuidadosos a la hora de manejar las fuentes y denunciar de entrada toda pretensión de "inocencia" y neutralidad del discurso histórico.

Esto se agudiza cuando nos enfrentamos con un objeto tan complejo como es ése al que denominamos "Ciudad", tratando de establecer un concepto que pueda ser aplicable a distintas realidades empíricas situadas espacio-temporalmente y que las identifique y diferencie de otras a las que ese concepto no sería aplicable. De hecho esta pretensión se verificaría como imposible si no pudiéramos acudir al monumental resultado de más de treinta años de investigación llevado a cabo desde los años treinta hasta los sesenta por Lewis Mumford. Desde su primera obra dedicada a la ciudad publicada en 1938 (antes había ya investigado otro complejo objeto histórico, la técnica, en su obra de 1934 **Técnica y civilización**) y que llevaba como título **The Culture of the Cities**, hasta su obra magna (publicada en 1961) **The city in history**, Mumford fue acumulando información (la bibliografía que cita abarca cerca de los mil títulos) y reflexionando sobre la complejidad constitutiva del objeto que se traía entre manos. El resultado son cerca de ochocientas páginas de densa escritura donde se organizan, relacionan e interpretan toda esa inmensa variedad de materiales dispersos que sólo una combinación de rigor analítico y claridad sintética es capaz de realizar.

Nos vamos a ocupar aquí solamente de los dos primeros capítulos de la obra --de los dieciocho de que consta-- (5). No precisamente por un afán inmoderado de "búsqueda de los orígenes" que se pierde siempre en las nebulosas de los relatos míticos (cuando tenemos la suerte de haber dispuesto de ellos y haberlos podido interpretar), ni por la manía más o menos agudizada en los últimos lustros de acceder a las "raíces culturales" de cualquier tipo de supuesta identidad colectiva, sino sencillamente porque el reto al que está sometida nuestra civilización (si todavía es lícito hablar en tales términos sin justificarlos previamente) tiene una magnitud tal que difícilmente se encontraría paralelo en épocas posteriores al neolítico. Soy consciente de la dureza de esta afirmación y de su difícil justificación empírica,

pero admitase al menos como una hipótesis posible, y en su calidad de posibilidad hipotética permitásenos trabajar ahora con ella.

El primer capítulo lleva por título **"Lugares sagrados, aldeas y muros"** y su punto de partida es precisamente negativo: "¿Qué es la ciudad? ¿Cómo ha comenzado? ¿Cuáles han sido las fases de su desarrollo? ¿su papel, sus objetivos? Ha aparecido bajo múltiples formas lo que no permite una definición única" (CH,9). Si se asume la hipótesis evolutiva de las especies se puede encontrar que los dos modos básicos de la existencia humana, nomadismo y vida sedentaria, tienen una amplia base instintiva y que la búsqueda de la seguridad está en el origen de las primeras agrupaciones sedentarias (los ejemplos de los castores y de los insectos sociales, cada uno con sus peculiaridades son aducidos por Mumford no como "antecedentes biológicos", sino como pura semejanza analógica). Porque la afirmación fundamental es la siguiente: **"La ciudad de los muertos es anterior a la ciudad de los vivos"** (CH, 13). Este hecho comprobado nos proporciona un primer elemento de reflexión sobre el objeto de nuestra investigación.

La ciudad hay que entenderla primariamente como un lugar simbólico más que como un lugar de resolución funcional de necesidades. Sin entrar en consideraciones más o menos imaginarias sobre modos de existencia y reiteración ontogénica de la filogénesis, o apelar a inconscientes colectivos ancestrales unidos al instinto biológico animal, o cosas por el estilo, si tenemos que entender que las estrategias de agrupamientos estables no se vinculan originariamente a una forma de vida colectiva como proyecto futuro sino a una memoria de lugar señalado por inequívocas referencias personales. ¿No es paradójico hablar de "ciudad de muertos? Lo sería si la sedentarización tuviera como primer objetivo alguna actividad común de la vida cotidiana, pero si las primeras agrupaciones sedentarias, en las que además se producen inequívocamente elementos de ritualización con todo lo que ello supone de regulación, tradición, eficacia, etc., son agrupaciones de personas en las que ha cesado todo tipo de actividad empírica, lo que se está ahí constituyendo es la ciudad como lugar de referencias creadoras de significados para los otros, para los vivos, que todavía siguen con un modo nómada de existencia pero que visitan regularmente determinados lugares.

"Es en estos santuarios del paleolítico, como en los antiguos túmulos y monumentos funerarios, donde encontramos las primeras huellas de una vida comunitaria, muy anterior sin duda a la fundación de las primeras aldeas. Ya no eran los encuentros en las estaciones de los amores, ni la vuelta de grupos hambrientos hacia puntos de agua y de reservas de comida, ni los intercambios, en lugares tabú, del ámbar, de la sal, del jade o de algunos instrumentos de piedra tallada; --era, en el círculo ritual, la participación en una vida sobreabundante, no solamente en el compartir un excedente de alimentos, sino en la alegría de una comunión bajo las especies simbólicas de la imaginación y del arte, en la esperanza de una vida mejor, llena de sentido y de atracción, en la representación de una edad de oro" (CH,15). La importancia del elemento simbólico no excluye, evidentemente, de los

elementos que están en la constitución de las primeras ciudades, el influjo de las necesidades puramente materiales que juntaban periódicamente a las tribus y los grupos familiares en los mismos lugares (territorios de caza, fácil acceso a determinados alimentos, etc.).

Las primeras agrupaciones sedentarias se suelen situar en el período mesolítico (15.000 años antes de nuestra era), en un territorio que va desde el mar Báltico hasta el Océano Índico; son pescadores y cultivan algunas plantas e incluso domestican animales llegando con ello a producir una verdadera revolución agrícola que incide a su vez en las formas de vida, sedentarizando al grupo familiar y dando mayor importancia a las funciones reproductivas en todos los terrenos. Las comunidades neolíticas (6) van a destacar, además del elemento de la permanencia residencial, el del control de las diversas formas de crecimiento que antes estaban dirigidas exclusivamente por la naturaleza; y para realizar este control hay que domesticar, cuidar y vigilar las reproducciones. El papel de la mujer, según Mumford, tuvo que ser determinante para el curso de este proceso.

La aldea es la primera creación femenina en cuanto que lugar reservado para los cuidados y cría de los niños, siendo la sedentarización mucho más favorable para el parto, lactancia y protección de la prole. La influencia femenina se revela en las construcciones aldeanas, llegando, como en el caso de Egipto a utilizar un único jeroglífico para significar lo mismo "la casa" o "la ciudad" que "la madre". También se manifiesta el signo dominante de la mujer en los instrumentos domésticos donde se encuentran todo tipo de recipientes desde el vaso a los graneros, frente a la posterior aparición de los instrumentos ofensivos como las armas. "Hay que señalar hasta qué punto en el dominio de las técnicas la ciudad ha sido tributaria de la aldea. El granero, la banca, el depósito de armas, la biblioteca, el almacén son de origen aldeano. Y guardémonos de olvidar que al término de esta generación de recipientes utilizados para el almacenamiento o el transporte, se encuentra el canal de riego, la alberca, el acueducto y el colector. Estos han sido concebidos mucho antes de que la primera ciudad viera la luz, --y, síntesis de todos los recipientes, ella no hubiera podido, sin ellos, encontrar su forma" (CH,25).

Nos encontramos en Mesopotamia y en el Valle del Nilo, entre 9.000 y 4.000 años antes de nuestra era con aldeas que están compuestas por pequeñas agrupaciones de familias (entre seis y cuarenta), que poseen cada una su hogar, su dios doméstico, su altar y su lugar para la sepultura; estas familias hablan el mismo dialecto, tienen un lugar tradicional de reunión --al pie de un árbol o junto a una piedra alzada--; llevan el mismo género de vida y se ocupan de los mismos trabajos, siendo la edad y la fuerza los únicos criterios de división del trabajo. El tiempo ha borrado las huellas de las construcciones aldeanas pero conservamos algunos fundamentos de su ordenación social : máximas, refranes, relatos heroicos, preceptos morales que se van transmitiendo de generación en generación. Precisamente por ser culturas de tradición oral son los ancianos --el Consejo de Ancianos de la aldea-- los que

están en el origen de todas las instituciones de gobierno, de derecho, de justicia y moralidad pública (7). La religión no supera una concepción humanamente familiar; cada aldea tenía su altar y sus ceremonias comunes, pero el sentimiento religioso dependía más de sistemas totémicos y del culto de los antepasados. Cada familia tenía sus dioses propios y el patriarca estaba investido del papel sacerdotal de realizador del sacrificio y presentador de las rogativas (8).

El paso de la aldea a lo que podemos denominar con mayor propiedad la "ciudad" es, para Murnford, una evolución lenta y gradual que tendría dos aspectos principales: por un lado, la ciudad no hace más que desarrollar las formas arquitectónicas de la aldea, pero, por otro, en el campo institucional y de formas de vida va a adquirir una importancia decisiva el elemento masculino como fuerza que impulsa un complejo proceso "civilizador".

Parece que las primeras ciudades se pueden situar cronológicamente en torno al 3.500 antes de nuestra era, como resultado de un desarrollo continuado a partir de una amalgama paleoneolítica cuya relación fundamental se podría establecer en referencia a la expansión del cultivo agrícola y la protección de los agricultores aldeanos por parte de cazadores y pastores.

En los primeros documentos sumerios está la figura de Gilgamesh héroe cazador y guerrero que construyó las fortificaciones de Uruk, y las antiguas crónicas de Babilonia nos hablan de otro cazador, Enkidu, que toma sus armas y va a perseguir a los leones. Esta protección que hacía que las ciudades fueran más prósperas y sus habitantes durmieran más tranquilos va a convertirse (según el modelo de las bandas de "gangsters", apunta Mumford) en un dominio de jefe político que ejerce por sí mismo todo el poder. Hammurabi se atribuirá a sí mismo el título de "pastor de pueblos", pues realmente son las figuras del pastor y el cazador las que en esta sociedad saben asumir responsabilidades, ejercer una función de autoridad y exigir obediencia.

"Bajo esta doble influencia, las primeras ciudades iban a levantar sus edificios de piedra, para oprimir y para congregar, para atacar o proteger, para la paz y para la guerra, para imponerse por la fuerza y por la amistad" (CH,35). Este es el resultado final de un período muy extendido en el tiempo y el espacio en el que la primera fase está claramente determinada por la predominancia de un principio femenino expresado en la importancia del papel de la mujer en todo el sistema reproductivo que las primeras teogonías (que desde la India a Asia Menor y Egipto dan primacía a las diosas) no hacen sino confirmar. En el medio proto-urbano el hombre va a reencontrar el primer lugar, no sólo por el uso de la fuerza de dominación sino también en la simbolización abstracta (línea recta, dibujo geométrico, plazas rectangulares, obeliscos, etc.), y también por la mejora sensible de la calidad de las armas cortantes, que curiosamente coincide con el deterioro de las construcciones de piedra y de ladrillo (9).

Pero la cristalización de la ciudad es producto de una situación mucho más compleja y presenta la característica de un fenómeno de **emergencia**, en tanto que como elemento nuevo va a modificar la cualidad del agregado social y las propiedades de sus componentes (10). Hay un proceso de diferenciación en el que junto a los agricultores, cazadores y pastores de la situación previa aparecen pescadores, mineros, leñadores (cada uno con sus instrumentos) y empiezan a diferenciarse grupos profesionales desde ingenieros y marinos hasta soldados y comerciantes, sin olvidar a los banqueros y sacerdotes.

A ello se añaden una serie de funciones que se van a dar primeramente en el ámbito de las ciudades, como son la movilización de la mano de obra, la organización de los medios de comunicación, la construcción en el espacio y el tiempo de una red de intercambios comerciales y culturales, la promoción de la invención, el emprender trabajos inmensos y provocar al mismo tiempo un crecimiento considerable de la productividad agrícola. Paralelamente a estas funciones materiales se produce, en palabras de Mumford, una especie de efervescencia en el ámbito espiritual y de las representaciones colectivas.

Las principales transformaciones afectan a la base de las relaciones sociales. La autoridad de derecho divino modifica hasta las más antiguas tradiciones y reglas de las costumbres aldeanas; el campesino debía trabajar no sólo para su subsistencia y necesidades sino para permitir que sacerdotes y funcionarios reales vivieran en la abundancia; en la nueva sociedad urbana ya no son los ancianos los que detentan el poder como se muestra en la decisión de Gilgamesh, apoyado por la juventud de Uruk, de atacar Kish en contra del parecer del Consejo de Ancianos.

En los orígenes de la ciudad se manifiesta una enorme reserva de fuerza creativa y destructiva y una gran aptitud para difundir todos los productos de la "civilización"; el uso de documentos escritos, de archivos, de bibliotecas y la organización de la enseñanza son parte de sus más características realizaciones. En su recinto amurallado se reúnen elementos que antes estaban dispersos como eran el altar, la fuente, la aldea, el mercado, la ciudadela. Se producen así dos fenómenos contrapuestos y complementarios: "todas las dimensiones de la existencia se encuentran ampliadas de una forma imprevisible (...). La ciudad se iba a convertir en un medio de expresión de todas las posibilidades humanas" (CH, 43-44); y "en lugar de un estallido de potencia, se produjo una brusca concentración ("implosión") de poder (...). La realeza convertida en institución dominante iba a polarizar las partículas sociales, separadas, independientes, incluso antagónicas, y juntarlas en el estrecho perímetro de la ciudad" (CH, 47).

Pero todavía nos falta un elemento decisivo por estudiar en los primeros tiempos de las ciudades. Mumford siente gran admiración por la obra de Henri Frankfort (11) y basa en ella muchas de sus apreciaciones acerca del tema que nos referimos, a saber, la religión en su conexión con el poder. Es ya sabido por todos que originariamente el muro del recinto tenía un claro sentido de limitar un espacio sagrado; pero lo decisivo en la ciudad es la acción

conjunta de los poderes temporales y espirituales. "Lo que ni la pura coacción, ni la persuasión del ritual mágico hubieran podido realizar separadamente, iba a darse en la ciudad naciente por el hecho de su acción conjunta y de una cooperación que nada podía desmentir" (CH, 50). El poder real supo obtener una legitimación sobrenatural, como muestra la antigua crónica real de Sumer al declarar que "el cielo ha regalado a los hombres la realeza", y los cinco reyes designados por los dioses reciben de ellos cinco ciudades que eran todos centros de culto religioso (12). Los sacerdotes estaban encargados de establecer la cronología y las divisiones del tiempo y del espacio y de garantizar sus límites, así como el de precisar la vuelta de los acontecimientos estacionales: "Aquellos que tenían así el poder de controlar el tiempo y el espacio iban a arrogarse el derecho de dirigir la conducta de los hombres en su totalidad" (CH,53).

Con ello se subsume toda la esfera del derecho bajo la protección eficaz de dioses y reyes. Porque la estructura urbana se articula sobre esa necesidad de protección procurando a los habitantes un sentimiento de seguridad, pero reforzando al mismo tiempo sus disposiciones agresivas. Bajo la protección de los muros, la existencia se relacionaba a unos fundamentos cósmicos, pues un dios poderoso había hecho de la ciudad su morada. Y esta concepción se materializaba por el simbolismo de la escultura y la arquitectura; sin esa potencia sagrada que residía en su palacio y en sus templos la ciudad no podía tener justificación ni sentido.

Estas sumarias orientaciones sobre los primeros desarrollos históricos de la ciudad, extraídos de la obra de Lewis Mumford nos van a posibilitar el establecer una reflexión sobre nuestra realidad presente. No tanto, como ya se dijo, por una pretensión de "vuelta a las fuentes", ni por seguir la corriente de muchos escritos actuales elaborando fáciles "discronías", sino para recuperar un sentido histórico de aprendizaje que parecía perdido en los últimos tiempos en los que la "novedad" parecería la única garantía de éxito en el mercado.

3.- CIUDAD, DOMINACION Y ACCION COMUNICATIVA

"El proyecto espacial de la nueva clase dominante tiende hacia la desconexión entre la gente y la forma espacial y, por tanto, entre la vida de la gente y el significado urbano"(13).

Estas palabras de Manuel Castells -probablemente uno de los pensadores actuales que más certeramente aborda las cuestiones urbanas a las que se viene dedicando los últimos veinte años- no sean sino la formulación concisa de las experiencias de muchos ciudadanos contemporáneos. Nos movemos, ya es tópico decirlo, en una sociedad cuyo sistema global está altamente condicionado por la información como recurso estratégico, y ello está generando unas transformaciones, a veces bruscas, otras insensibles y paulatinas, de todo el complejo entramado que constituyen

nuestras relaciones sociales. Y no sólo cambian determinados aspectos de esas relaciones sino que lo que actualmente está siendo afectado es el completo sistema de referencias por el que nos podemos relacionar con eso a lo que denominábamos "realidad"; esa realidad que hasta ahora tenía una consistencia ontológica independiente, de algún modo, de las subjetividades, resistente a las ideaciones, reacia a los sueños y a los deseos (con los cuales no se confundía), esa "realidad-mostrenca", esa "facticidad", se nos aparece como cada vez más debilitada en su sustantividad, objetividad, resistencia, etc., pues hemos descubierto que aquello a lo que nosotros -¡ingenuos!- atribuíamos esas características no es tal, sino que ha sido **construido**. Y no sólo "construido socialmente", como nos enseñaron hace tiempo las orientaciones de tipo fenomenológico, en las que siempre quedaba un reducto insustituible de objetividad, sino **construido mediáticamente**. Lo cual no es una ampliación de los efectos de manipulación informativa ya conocidos desde los años treinta, sino algo que tiene que ver con la simulación como proceso estratégico objetivo.

El problema del espacio y de la sociedad urbana se plantea así en términos muy distintos a los de pasadas configuraciones históricas de la ciudad. Por eso Castells amplía y explica su afirmación: "El nuevo significado urbano de la clase dominante es la ausencia de todo significado basado en la experiencia. La abstracción de la producción tiende a ser total. La nueva fuente de poder se apoya en el control de toda la red de información. El espacio se disuelve en flujos: las ciudades se convierten en sombras que explotan o desaparecen con arreglo a decisiones que sus pobladores ignorarán siempre. La experiencia exterior está escindida de la experiencia interior. El nuevo significado

o urbano tiende a ser la separación espacial y cultural de la gente con respecto a su producto y a su historia. Es éste el espacio de la alienación colectiva y la violencia individual, transformado por una retroinformación indiferenciada en un flujo que nunca se detiene y nunca comienza. La vida se transforma en abstracción; las ciudades en sombras" (14).

Este diagnóstico cuya intención evidente es la propuesta de alternativas políticas democráticas que se opongan a los proyectos de los dominadores apunta varios elementos que deberemos considerar cuidadosamente. En primer lugar, tenemos la cuestión de la abstracción resultante del desligamiento entre significado y experiencia. La profundización en este fenómeno nos conduciría por el camino de la modernización occidental como resultado del proceso de racionalización y la unilateralización de la razón por su reducción a guía estratégica instrumental. Habría, precisamente que conectar este proceso con las reflexiones de Simmel sobre las grandes urbes y con las referencias históricas de Mumford acerca de la anterioridad de la ciudad de los muertos sobre la de los vivos. En otro lugar (15) expuse mi posición sobre la reducción de la racionalidad y la necesidad de pensar la experiencia como "conflicto de racionalidades".

Sobre la disolución del espacio en flujos tendríamos que precisar que el establecimiento de un modelo cibernético puro es más engañoso que iluminador; primero, porque el estado actual de las ciencias, entre ellas y especialmente la física, no nos permite una imagen de la materia como perfecta discontinuidad (los datos experimentales siguen trabajando con distintas teorías, corpuscular/ondulatoria, para explicar fenómenos diversos); después, porque los que han aplicado ese tipo de modelos a análisis informacionales -como es el caso de K.W. Deutsch (16)-, utilizan también otro tipo de elementos como "filtros" y memorias bajo la denominación simbólica de "conciencia" y "voluntad"; y, finalmente, porque el modo de tratamiento del modelo de flujos suena excesivamente a "nuevos" principios, dogmas o "pas-partous" epistemológicos, como recurso fácil en suma, para ahorrarse el costoso trabajo analítico y sustituirlo por metáforas brillantes que una vez recuperados del deslumbramiento no nos sirven siquiera sea para avanzar algunos metros en la oscuridad (y esto es también una metáfora).

No vamos a seguir ejerciendo una crítica rigurosa sobre el texto reseñado, pues, repetimos, su intención es decididamente política, aunque lleve el título, un poco excesivo, de "La nueva relación histórica entre el espacio y la sociedad" y se enmarque en un capítulo o parte denominada "Una teoría del cambio social urbano".

Para pensar hoy la ciudad, dentro del marco de la pregunta constitutiva del orden social posible, nos parece un apoyo teórico mucho más consistente el que nos ofrece la **Teoría de la acción comunicativa** formulada recientemente -al comienzo de los años ochenta- por Jürgen Habermas que recoge en la organización de su discurso la tradición de una de las formas aún vigentes del marxismo, la Teoría Crítica de la Sociedad (17).

Es evidente que no es el lugar adecuado para una exposición, siquiera sea sintética de dicha teoría, ni de sus líneas maestras, ya que su elevada complejidad reducida al umbral de comprensión media daría origen a algunos equívocos. Por ello me limitaré a recoger algunos de los elementos apuntados en las páginas anteriores y reinterpretarlos desde la perspectiva de la teoría comunicativa habermasiana (18).

Primeramente se podría definir la ciudad como **el lugar necesario para situar la complejidad de la reproducción social**. Las primeras formas de sedentarización favorecieron un tipo de reproducción que permitió una transformación total de las formas de vida. No sería descabellado el pensar que la abstracción producida por la "sociedad de la información" --pero previamente establecida sobre unas relaciones de producción necesariamente cosificantes-- podría mediar no sólo por el restablecimiento del impulso creativo e imaginativo de las instituciones tradicionalmente funcionales para la reproducción, cual son la familia y la escuela, sino por la socialización de los medios técnicos de producción de información y de formas decididamente participativas de creación de la misma información y de expresión de subjetividades y colectividades culturalmente avanzadas por las que se

materializarán nuevas y antiguas formas de vida. La caracterización de las funciones, distorsiones y elementos del proceso de reproducción social que hace Habermas a partir de la diferenciación de la vida cotidiana podría indicar un camino viable (Cfr. TAC, II, 200-215).

La permanente caracterización de la ciudad como fenómeno histórico radicalmente ambiguo, en el que se descubren aspectos complementarios y contrapuestos, limitadores y vinculadores, relativizantes y absolutizantes nos está indicando un claro desbordamiento de la unilateralidad de la racionalidad con la que construimos nuestros esquemas interpretativos de la realidad social. Aquí se justifica una vez más la necesidad planteada por Habermas de cambiar el paradigma explicativo, dejando ya como inservible el marco de la razón instrumental limitada a los medios y negadora de cualquier posibilidad de marco global de referencia, así como las apelaciones a una conciencia construida abstractamente por la supresión de determinaciones materiales e históricas, que últimamente sólo se legitima por el éxito y la eficacia inmediata olvidando su terreno limitado de la relación medios-fines y pretendiendo suprimir cualquier teoría alternativa como ideológica o sin-sentido. La racionalidad comunicativa que ha recorrido un largo camino histórico, cultural y teórico necesita para constituirse de la pluralidad de lenguajes sin que ninguno de ellos trate de suprimir a los demás sino estableciendo unos cauces de conexión en los que la acción está orientada al entendimiento entre los que se comunican, renunciando expresamente a una relación de dominación pues el único instrumento admisible es la argumentación en sus diversas y variables formas. La acción comunicativa integra la información como recurso estratégico del sistema social, pero lo despoja de su fuerza impositiva sometiéndolo a unas exigencias valorativas que no van a venir dictadas desde fuera a los individuos o las comunidades sino que van a ser encontradas, aceptadas y transformadas no en función del intercambio comercial o de la dominación ejercida por el poder sino a través de compromisos entre partes diferentes y distintas impidiéndose deliberadamente el eterno retorno de lo idéntico. La ciudad sería así **el lugar de materialización de la complejidad de la comunicación social.**

Finalmente, para no extendernos más en estas consideraciones excesivamente sintéticas, se nos presentaba la ciudad como el lugar de la articulación entre religión y poder a partir de la cual se llegaba a establecer una legitimación permanente de la dominación social sustituyendo la coacción por la integración al sistema. Veíamos también como la ausencia de referencias espaciales resultaba siempre peligrosa para el Estado que necesita de la materialidad del territorio para ejercer la dominación, pero que la mismo tiempo domina ese territorio porque domina sobre la vida cotidiana de las personas. La visión que nos ofrece Habermas de esta cuestión se expresa con una enorme densidad teórica en las palabras con las que cierra su obra y que nosotros utilizaremos para concluir nuestro artículo:

"En las sociedades modernas los espacios de contingencia para las interacciones desligadas de contextos normativos se amplían hasta tal

punto, que en las formas desinstitucionalizadas de trato en la esfera de la vida privada-familiar como en la esfera de la opinión pública acuñada por los medios de comunicación de masas "se torna verdadera en la práctica" la lógica propia de la acción comunicativa. Al mismo tiempo, los imperativos de los subsistemas autonomizados penetran en el mundo de la vida cotidiana e imponen por vía de monetarización y de burocratización, una asimilación de la acción comunicativa a los ámbitos de acción f6rmalmente organizados, y ello aun en los casos en que el entendimiento sigue siendo funcionalmente necesario como mecanismo de coordinaci6n de la acci6n. Tal vez esta provocadora amenaza, un desafio que pone en cuesti6n las estructuras simb6licas del mundo de la vida cotidiana **en su totalidad**, explique por qu6 6stas se nos han vuelto accesibles precisamente **a nosotros**" (TAC,II,572).

Este texto, al mismo tiempo diagn6stico, epistemol6gico y programático no puede ser explicado en un par de págimas. Ante la alternativa de comenzar otro artículo preferimos dejar al piadoso lector que hasta aqu6 haya tenido la paciencia de seguimos con una, 6ltima, sencilla consideraci6n. La ciudad ser6 el lugar en el que se tiene que materializar la relaci6n compleja entre vida cotidiana y sistema.

Santiago, Junio 1988

NOTAS

1. M. Weber, **La ciudad**, Madrid, Ed. La Piqueta, 1988.
2. Recogido en el volumen **El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura** (traducción y prólogo de Salvador Mas), Barcelona, Península, 1986, pp.247-261, citado en adelante con la sigla IL seguida de la página.
3. Utilizo la traducción castellana publicada en 1927 y reimpresa sin variaciones en 1977 y 1987 (las dos primeras en Revista de Occidente y la última en Alianza) de **Sociología. Estudios sobre las formas de socialización (Soziologie. Untersuchungen über die Formen der Vergesellschaftung**, Leipzig, 1908), I,II,cap.9, pp.643-740, citado en adelante con la sigla SOC seguida de la página.
4. Cfr. P.L. Berger/B.Berger/H.Kellner, **The Homeless Mind**, Penguin, 1974.
5. La obra de L. Mumford ha sido reeditada en 1988 por Penguin Books. Existe una edición castellana publicada en Buenos Aires en dos tomos por la editorial Infinito a la que no he tenido acceso. Para este trabajo he utilizado la traducción francesa is (**La Cité à travers l'histoire**, Paris, Seuil, 1964), que aparecerá citada en adelante con la sigla CH seguida de la página correspondiente.
6. El término "Neolítico" corresponde con una orientación científica arqueológica ya superada, pues depende de la creencia en una perspectiva de un esquema evolutivo monolineal; además ha sido utilizado confusamente con distintas referencias (cronológicas, tipologías de artefactos, etc.). Sin embargo, salvo en publicaciones muy especializadas, se sigue utilizando a falta de otro tipo de conceptualizaciones, teniendo en cuenta que lo que importa son los contenidos descriptivos a los que nos referimos y no el esquema subyacente.
7. Cfr. Th. Jacobsen, "Mesopotamia: the Cosmos as a State" en **The Intellectual Adventures of Ancient Man**, Chicago, 1946, citado por L. Mumford, CH, 28.
8. Para toda esta descripción, cfr. CH. pp. 26-30.
9. Esta contraposición de los principios masculino y femenino y sus correspondientes simbolizaciones que Mumford aborda extensamente, aunque sin caer en excesivos simplismos a los que determinadas escuelas nos tienen acostumbrados, tiene, a veces, curiosas excepciones. Tal es el caso de las luchas entre Oporto y Braga en tiempos romanos; según algunos historiadores, las matronas de Braga "pelearon al lado de sus esposos y deudos, consiguiendo singular fama contra las armas de los dominadores, y aunque no consiguieron sustraerse al yugo romano, obtuvieron tales tratados, que más bien parecían dictados por pueblo vencedor que por pueblo vencido". Esto redundó en una serie de reglas acerca de los matrimonios de las que extractamos las siguientes :
"Primeramente, que casando mujer de Braga en Porto, no lleve dote, antes el consorte dé al padre y hermanos costosos. 2º Cometiendo adulterio no pueda matarla su esposo, quedando al arbitrio del padre o más inmediato pariente su castigo. 3º No levantasen muros los de Porto sin licencia de estas hembras 4º Que si les diesen oficios nobles, una de sus matronas armadas les ponga el pie

en el pescuezo, y así queden habilitados para aquella honra. Si tomasen esposa de Braga, sea desflorada por el pariente que más le agradare, llevandola el paciente novio a la cama. 7º Si mujer allá casada cometiére traición con hombre de Braga, quede sin castigo, dejando sólo por pena el vestido" (Ver **Diccionario Geográfico Universal**, por una sociedad de Literatos: S.B.M.F.C.L.D., publicado en Barcelona, Imprenta de José Torner, 1831, t.II, p. 193). Ciertos tipos de feminismo actual podrían encontrar aquí unos buenos antecedentes históricos. Lewis Mumford es claramente partidario de otros feminismos.

10. L. Mumford cita como autores de este concepto de "emergencia" a Lloyd Morgan y a W.N.Wheeler (ver la obra de este último **Emergent Evolution and the Development of Societies**, New York, 1928)

11. H. Frankfort, **Kingship and the Gods: A Study of Ancient Near East Religion as the integration of Society and Nature**, Chicago, 1948 (hay traducción castellana, **Reyes y Dioses**, Madrid, Alianza, 1981). Mumford utiliza también la obra de A.M. Hocart, **Kings and Councillors**, Cairo, 1936.

12. Cfr. H. Frankfort, **Reyes y Dioses**, pp.280-282.

13. M. Castells, **La ciudad y las masas. Sociología de los movimientos sociales urbanos**, Madrid, Alianza, 1986, p.422.

14. *Ibid.*, p. 423.

15. Cfr. X.-L.Pintos, "Conflicto de racionalidades", en **AGORA**, nº 1, 1981, pp.65-83.

16. Cfr. K.W. Deutsch, **The Nerves of Government. Models of political communication and control**, New York, Macmillan, 1963 (hay traducción castellana, **Los nervios del gobierno**, Buenos Aires, Paidós, 1980).

17. La tradición de la Teoría Crítica (conocida vulgarmente como "Escuela de Frankfurt") tiene una buena exposición polémica de sus fundamentos metodológicos en el volumen editado por T.W. Adorno, **La disputa del positivismo en la sociología alemana**, Barcelona, Grijalbo, 1972. Para una referencia histórica bastante completa hasta finales de los cuarenta puede verse la obra de M. Jay, **La imaginación dialéctica**, Madrid, Taurus, 1974. Las obras teóricas más importantes además del volumen conjunto de M.Horkheimer y T.W. Adorno, **Sociológica** traducido en Taurus y con varias reediciones, serían las de T.N. Adorno **Dialéctica negativa** y **Teoría estética**, así como **Mínima moralía** (todas ellas traducidas también por Taurus). Una buena introducción y organización del conjunto de la Teoría Crítica lo constituye la obra de David Held, **Introduction to Critical Theory. Horkheimer to Habermas**, London, Hutchinson, 1980.

18. La obra de Habermas ha sido ya abundantemente traducida al castellano pero con suerte muy desigual. En otro lugar nos hemos referido a ello razonadamente (Cfr. **AGORA**, nº 8, 1988), por lo que aquí sólo señalaremos como información para el lector interesado que sólo son fiables -aparte de algunos artículos publicados en revistas- la traducción de A. Domenech que en castellano llevó el título de **Historia y crítica de la opinión pública** (Barcelona, G.Gili, 1981) y la

obra a que nos referimos -traducida por M. Jiménez Redondo-, **Teoría de la acción comunicativa** (Madrid, Taurus, 1988), citada en adelante como TAC, seguida del tomo y la página. De las demás traducciones hay que desconfiar.